

EDOGAWA RAMPO

EL LAGARTO NEGRO

Traducción del japonés de
Lourdes Porta



Título original: *Kurotokage* (黒蜥蜴)

Ilustración de la cubierta: Compañía

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-15-9

Depósito legal: B-24.909-2016

1ª edición, enero de 2017

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

EL LAGARTO
NEGRO

LA REINA DEL HAMPA

Sucedió en Nochebuena, una fecha en la que, incluso en nuestro país, se retuerce el cuello a millares de pavos.

En G., el barrio más concurrido de la ciudad imperial, donde los arcoíris de luces de neón tiñen con su cascada de colores a decenas de miles de transeúntes en las noches oscuras; donde, en cuanto te apartas un paso de las avenidas, te adentras en el dédalo de las callejuelas del submundo.

En G., donde, para decepción de noctámbulos, y con una rectitud propia del barrio más emblemático de la ciudad imperial, las calles quedan casi desiertas a partir de las once de la noche mientras, a sus espaldas, despiertan las callejuelas del submundo y un hormiguero de hombres y mujeres ávidos de placer bulle hasta las dos o las tres de la madrugada, a la sombra de edificios con las ventanas cerradas.

Alrededor de la una de aquella Nochebuena, en el interior de un enorme edificio negro de los bajos fondos que, desde el exterior, parecía deshabitado, una loca y desenfadada fiesta nocturna estaba alcanzando, en aquel instante, su punto álgido.

Decenas de hombres y mujeres ocupaban el amplio piso de un club nocturno: había quienes gritaban «¡bravo!» alzando su copa, mientras otros bailaban enloque-

cidos con picudos sombreros de colores ladeados sobre sus cabezas; había incluso un hombre vestido de gorila persiguiendo a una joven que trataba de huir, escurriéndose entre la multitud, y otro que se lamentaba entre sollozos y, un instante después, se mostraba loco de furor. Sobre sus cabezas, el confeti multicolor danzaba como la nieve, las serpentinas multicolores caían en cascada y, a su alrededor, un sinfín de globos rojos y azules flotaban a la deriva entre espesas y sofocantes nubes de humo de tabaco.

—¡Oh! ¡El *Dark Angel!* ¡El *Dark Angel!*

—¡Ya llega el Ángel Negro!

—¡Bravo! ¡Viva la reina!

Sobre aquella turbamulta de borrachos que vociferaban al unísono, se alzó de pronto una salva de aplausos. Por el corredor que se había abierto espontáneamente entre la multitud, una dama avanzó con paso alegre y vivaz hasta el centro de la sala. Vestido de noche negro y sombrero negro, guantes negros, medias negras, zapatos negros: enfundada en negro de pies a cabeza, su bello rostro relucía, encendido y vibrante, como una rosa roja.

—¡Buenas noches a todos! ¿Os lo pasáis bien? Yo ya estoy borracha, pero ¡bebamos y bailemos! —exclamó la hermosa dama con un acento encantador, agitando la palma de la mano derecha sobre su cabeza.

—¡Bebamos y bailemos! ¡Viva el Ángel Negro!

—¡Eh, camarero! ¡Champán! ¡Champán!

¡Pum! ¡Pum! En un instante, empezaron a retumbar las pequeñas y lujosas escopetas, mientras los tapones se alzaban hasta el techo abriéndose paso entre globos multicolores. El sonido de las copas de cristal que entrechocaban por todas partes y, de nuevo, un coro de voces:

—¡Viva el Ángel Negro!

¿De dónde procedía la popularidad de la reina de los bajos fondos? Por más que su identidad fuese desconocida, cada uno de sus rasgos —su belleza, sus exuberantes gestos, su suntuosidad y sus innumerables alhajas— eran

más que dignos de una reina. Pero, además, poseía un enorme poder de seducción. Era una osada exhibicionista.

—¡Ángel Negro! ¡Baila tu danza de las joyas!

Tras resonar ese grito, se propagó un rugido sordo por la sala y estalló una salva de aplausos.

Una orquesta que había en un rincón empezó a tocar, y el impúdico saxofón provocó un singular cosquilleo en los oídos de la gente.

En un corrillo de espectadores, la danza de las joyas ya había empezado. El Ángel Negro ya se había convertido en el Ángel Blanco. Lo único que cubría su hermoso cuerpo encendido era un collar de dos vueltas de perlas grandes, unos preciosos pendientes de jade, unas pulseiras en las muñecas con un número incalculable de diamantes incrustados y tres anillos. Aparte de eso, ni un solo hilo, ni una sola capa de tela.

Ahora, ella era una deslumbrante forma de carne rosada. Un cuerpo que balanceaba los hombros y alzaba las piernas mientras ejecutaba con singular maestría una provocativa danza del antiguo Egipto.

—¡Oh! ¡Mirad! El lagarto negro ya empieza a moverse. ¡Qué cosa tan increíble!

—¡Es verdad! ¡El bicho ya se mueve! ¡Está vivo!

Unos jóvenes con esmoquin se susurraban estas palabras entre ellos, excitados.

Sobre el hombro izquierdo de la hermosa mujer se deslizaba un negrísimo lagarto. Se diría que reptaba, moviendo con paso inseguro sus patas provistas de ventosas al compás del balanceo de los hombros de la mujer. Daba la impresión de que se disponía a reptar de los hombros al cuello, del cuello a la barbilla, como si quisiera alcanzar los jugosos labios rojos de la dama, aunque lo cierto era que permanecía todo el tiempo contoneándose en su brazo. Era el tatuaje de un lagarto de apariencia increíblemente real.

Como era de esperar, aquella danza impúdica no duró más de cuatro o cinco minutos y, al llegar al final, aquellos

hombres borrachos, excitados, se abalanzaron en tropel sobre la bella mujer desnuda y, mientras rugían algo a coro, la alzaron en volandas y la pasearon a hombros alrededor de la estancia, entre vítores y gritos de ánimo.

—¡Qué frío! ¡Qué frío! ¡Llebadme enseguida al cuarto de baño!

El cortejo, en procesión, salió al pasillo y se dirigió lentamente al cuarto de baño, que ya estaba preparado.

Y con la danza de las joyas, cayó el telón en la Nochebuena de los bajos fondos y la gente empezó a irse, en grupos de dos o tres personas, a algún hotel o a sus casas.

Después del bullicio de la fiesta, el suelo de la sala quedó cubierto por el confeti multicolor y las cintas, como un muelle tras zarpar un barco, mientras los globos que aún podían flotar rebotaban en el techo de aquí para allá, con aire de desamparo.

En una silla de un rincón de aquella sala desierta y desolada como los bastidores de un teatro, permanecía un hombre joven, abandonado miserablemente como una sucia bola de papel. Vestido con afectación, con una chaqueta de hombros anchos a rayas vistosas y una corbata roja, tenía un aspecto singular, musculoso, con la nariz aplastada como un boxeador. A pesar de su complexión, estaba tan hundido y cabizbajo que parecía un despojo.

«¿Por qué tardará tanto? ¿Qué estará haciendo? ¿Acaso no piensa en los demás? ¿No se da cuenta de que mi vida pende de un hilo? ¡Y yo aquí, sin poder quitarme de la cabeza que la pasma puede aparecer de un momento a otro!»

Con ademán angustiado, se iba pasando los cinco dedos de la mano por sus cabellos alborotados.

Un camarero de uniforme se le acercó a través de las montañas de cintas pisoteadas con un vaso de lo que parecía ser whisky. Al cogerlo, el hombre le lanzó un:

—¡Ya era hora! —Lo apuré de un trago y ordenó—: ¡Otro!

—¡Jun-chan! He tardado mucho, ¿verdad?

Por fin apareció la persona a quien el joven esperaba con tanta impaciencia. Era el Ángel Negro.

—¡Me ha costado lo mío sacarme de encima a esos señoritos! Vamos, dime ese favor tan grande que querías pedirme.

Con una expresión grave en el rostro, la mujer se sentó en una silla frente a él.

—Aquí no puede ser... —le respondió con tono sombrío el joven llamado Jun-chan, todavía con el ceño fruncido.

—¿Porque pueden oírnos?

—Sí.

—¿Un delito?

—Sí.

—¿Has herido a alguien?

—¡Ojalá se tratara sólo de eso!

La dama vestida de negro, comprendiendo la situación de inmediato, se levantó sin hacer más preguntas.

—De acuerdo, hablemos fuera. Por este barrio, aparte de los peones de las obras del metro, no pasa un alma. Puedes contármelo mientras andamos.

—Sí.

Y aquella curiosa pareja —el joven de la fea corbata roja y el Ángel Negro, tan hermoso que dejaba sin aliento— abandonó el edificio.

En el exterior, los aguardaban las grandes avenidas de la madrugada, negras y muertas, donde sólo se veían farolas y asfalto. Los pasos de ambos resonaron a lo largo de la calle.

—¿Y se puede saber qué delito has cometido? Estar tan desanimado no es propio de ti.

Fue con estas palabras como la dama vestida de negro abordó el asunto.

—He matado a alguien.

Jun-chan pronunció aquella frase con voz grave y sepulcral, sin apartar la vista del suelo.

—Vaya. ¿A quién?

El Ángel Negro no parecía demasiado entusiasmada por una respuesta tan sorprendente.

—A mi rival, al canalla de Kitajima. Y a aquella mujerzuela, a Sakiko.

—Vaya. Tenía que suceder, un día u otro... ¿Dónde?

—En su propio apartamento. He metido los cadáveres en el armario empotrado. Mañana por la mañana se descubrirá todo. Seguro. Todo el mundo sabía lo de nosotros tres y, encima, esta noche el vigilante me ha visto entrar allí. Así que, si me pillan, ¡se acabó! Y yo quiero seguir un tiempo más en este mundo.

—O sea, que piensas huir.

—Sí... Madame, usted siempre dice que soy su protector, ¿verdad?

—Claro. Me salvaste cuando estaba en aquella situación tan apurada. Desde entonces, Jun-chan, siempre he estado enamorada de tus puños de hierro.

—Pues, entonces, devuélvame el favor. Présteme dinero para huir. Necesito unos mil yenes.

—Si son sólo mil yenes, no hay problema. Pero ¿de verdad crees que lograrás escapar? Ni lo sueñes. Te pillarán rondando por los muelles de Yokohama o de Kobe. En situaciones como ésta, perder la calma y huir es lo peor que se puede hacer. Sería una estupidez.

La dama vestida de negro dijo aquellas palabras con tono experimentado, como si estuviera muy acostumbrada a ese tipo de lances.

—Entonces, ¿tendría que permanecer escondido en Tokio?

—Creo que eso es menos malo que lo otro. Sin embargo, continúa siendo peligroso. Ojalá pudiéramos encontrar otra salida...

La dama vestida de negro se detuvo unos instantes y se quedó pensativa. De pronto, hizo una pregunta extraña.

—Jun-chan, tu apartamento está en el cuarto piso, ¿verdad?

—Sí. Pero ¿qué importa eso ahora? —preguntó el joven con cierta impaciencia.

De los labios de la hermosa mujer brotó una exclamación de sorpresa:

—Vaya, ¡es perfecto! ¡Un verdadero golpe de suerte! Nos viene de perlas. ¿Sabes, Jun-chan? Tengo la manera de ponerte completamente a salvo.

—¿Cuál es? Dígamelo. ¡Rápido!

El Ángel Negro esbozó una pequeña y enigmática sonrisa y, con los ojos clavados en el pálido rostro de su interlocutor, fue desgranando las siguientes palabras, sílaba a sílaba:

—Vas a morir esta noche. Voy a matar al hombre que se llama Jun'ichi Amamiya.

—¿Qué? Pero ¿qué está diciendo?

El joven Jun'ichi se quedó boquiabierto, incapaz de hacer nada más que fijar su mirada en el hermoso rostro de la reina de los bajos fondos.

ESCENAS DEL INFIERNO

Jun'ichi Amamiya estaba al pie del puente Kyōbashi, esperando ansioso a la dama vestida de negro, tal como habían convenido, cuando un coche se detuvo frente a él y un chófer joven, con traje negro y gorra de paño en la cabeza, lo llamó agitando la mano por la ventanilla.

—¡No necesito un taxi! ¡No me hace falta!

Estaba haciéndole señas para que se fuera, pensando con extrañeza que aquel automóvil era demasiado lujoso para tratarse de un taxi de los que se paran por las calles, cuando de pronto el chófer gritó:

—¡Soy yo! ¡Soy yo! ¡Corre! ¡Sube rápido!

El conductor le hablaba con una voz de mujer que sofocaba a duras penas la risa.

—¡Oh! ¿Es usted, madame? ¡No me diga que sabe conducir!

El joven Jun'ichi no pudo evitar sorprenderse al ver que, en sólo diez minutos, el Ángel Negro que había ejecutado la danza de las joyas se había convertido en un hombre vestido de uniforme al volante de un automóvil. Se relacionaba con ella desde hacía más de un año, pero la identidad de la dama de negro seguía siendo un completo enigma para él.

—¿Por quién me tomas? A conducir un coche, luego. No pongas esa cara de pasmarote y sube rápido. Ya

son las dos y media. Si no nos damos prisa, va a amanecer.

Aún desconcertado, Jun'ichi se sentó en el amplio asiento trasero, y el coche salió disparado como una flecha nocturna por la avenida libre de obstáculos.

—Y este saco tan grande, ¿para qué es? —preguntó a la conductora, al descubrir un gran saco de cáñamo ovillado en un rincón del asiento.

—Ese saco es lo que va a salvarte la vida —respondió la hermosa choferesa volviéndose hacia atrás.

—No sé, pero todo esto me parece muy extraño... ¿Adónde diablos vamos ahora? ¿Y a hacer qué? Todo esto me está dando mala espina.

—¡Vaya! El héroe de G. no las tiene todas consigo, ¿eh? Habíamos quedado en que no habría preguntas, ¿no? ¿O es que no confías en mí?

—No, no. No es eso...

A partir de aquel momento, dijera él lo que dijese, la conductora permaneció con la vista clavada al frente sin dirigirle una sola palabra.

El coche rodeó el gran lago del parque de U., subió una cuesta y se detuvo en un paraje extrañamente desierto, en el que se sucedían largas hileras de vallas.

—Jun-chan, llevas guantes, ¿verdad? Quítate el gabán, abróchate bien los botones de la chaqueta, ponte los guantes y encasquetate el sombrero hasta las cejas.

Mientras le daba estas instrucciones, la bella dama vestida de hombre apagó los faros delanteros, los traseros y la luz del interior del coche.

Los alrededores estaban sumidos en la oscuridad más absoluta, no había ni una sola luz. En las tinieblas, el coche, con todos los faros apagados y el motor parado, parecía petrificado, como ciego.

—¡Vamos! Coge el saco, baja del coche y sígueme.

Cuando Jun'ichi salió del vehículo, siguiendo las órdenes de la dama, ella, con el cuello del traje negro alzado a la manera de los ladrones occidentales, le tomó la mano,

enfundada asimismo en un guante, y lo arrastró con energía al otro lado de la puerta abierta de la valla.

Pasaron bajo unos gigantescos árboles que tapaban el cielo. Atravesaron un amplio descampado. Rebasaron un largo pabellón de estilo occidental. Sólo se vislumbraban algunas farolas aquí y allá, como luciérnagas, mientras ellos seguían avanzando en todo momento al amparo de las sombras.

—Madame, ¿no estamos en el recinto de la universidad de T.?

—¡Shhh! ¡No hables! —lo riñó, apretándole los dedos con fuerza.

En medio de aquel frío gélido, el joven pudo sentir el calor de la palma de la mano de la bella dama a través del guante. Sin embargo, en aquellos instantes el asesino Jun'ichi Amamiya no estaba en situación de contemplar a su acompañante como mujer.

Mientras caminaban a través de la oscuridad, el joven revivía, una y otra vez, el violento arrebató de apenas dos o tres horas antes. Y allí reaparecía la imagen de la que había sido su novia, Sakiko, sacando la lengua entre los dientes mientras él la estrangulaba, con la sangre escurriéndose por las comisuras de los labios y los grandes ojos, abiertos como los de una vaca, clavados en él. Las cinco puntas de los dedos, que arañaban el aire en su agonía, se transformaban en innumerables espectros que aparecían por el camino, a su paso, amenazándolo.

Tras avanzar durante un buen rato, se toparon con un edificio de estilo occidental, de una sola planta y ladrillos rojos, que se erguía solitario en medio del amplio descampado, rodeado por una valla desvencijada.

—Es aquí dentro —susurró la dama de negro mientras buscaba el cerrojo de la valla. Debía de tener un duplicado de la llave, porque la puerta se abrió enseguida con un ruido seco.

Entraron y, tras cerrar la valla, la dama encendió por primera vez la linterna que llevaba y, dirigiendo el haz

de luz hacia abajo, se encaminó hacia el edificio. El suelo estaba cubierto de hojarasca y a Jun'ichi lo asaltó la viva sensación de que se dirigían a una mansión encantada habitada sólo por fantasmas.

Tras subir tres escalones de piedra, llegaron a una especie de pórtico con una balaustrada de pintura blanca desconchada y, después de avanzar cinco o seis pasos sobre el estuco roto desprendido de las paredes, se encontraron ante una sólida puerta de aspecto anticuado que estaba cerrada. La dama de negro utilizó de nuevo el duplicado de la llave y la abrió con un ruido seco. Luego, tras sortear otra puerta similar, entraron en una habitación vacía. Se diría que estaban en un hospital: un penetrante olor a desinfectante con efluvios agrídulces llenaba la estancia.

—Ya hemos llegado. Ahora, Jun-chan, veas lo que veas, no alces la voz. Dentro del edificio no hay nadie, pero a veces pasa una patrulla de vigilancia por el otro lado de la valla.

El susurro del Ángel Negro tenía visos de amenaza.

El joven Jun'ichi no pudo evitar quedarse petrificado, presa de un terror inexplicable. ¿Qué diablos era aquella construcción de ladrillo rojo con aspecto de mansión encantada? ¿Qué era aquel hedor extraño que le punzaba la nariz? ¿Qué había en aquella amplia estancia cuyas cuatro paredes parecía que iban a devolverle, como un eco, cualquier palabra que pronunciara?

Y, una vez más, las imágenes de la agonía de Kitajima y Sakiko, tan repugnantes y horribles que le producían arcadas, emergieron llenas de vida en la oscuridad, superponiéndose unas a otras. «¿No estaré vagando ahora por las tinieblas del reino de los muertos, arrastrado por los espíritus malignos de aquellos dos?» Asaltado por visiones desconocidas hasta entonces, todo su cuerpo se cubrió de un untuoso sudor frío.

El haz de luz circular de la linterna que la dama de negro sostenía en la mano iba lamiendo el suelo des-

pacio, como si buscara algo. El rugoso entarimado sin alfombra se deslizaba, tabla a tabla, bajo el disco luminoso. Un instante después, una robusta mesa de barniz desconchado invadió poco a poco, empezando por las cuatro patas, el círculo de luz. Era una larga mesa de gran tamaño. «¡Caramba! Un ser humano. ¡Son las piernas de un ser humano! ¡En esta habitación hay alguien durmiendo!

»Pero... ¡si son las piernas terriblemente reseca de un anciano! Además, ¿qué demonios significa esa tablilla de madera prendida con una cuerda de su tobillo?

»¡Caramba! Con el frío que hace, ese viejo está durmiendo desnudo...»

El disco de luz se desplazaba ahora de los muslos a la barriga, y de la barriga al pecho y las costillas, hasta la huidiza barbilla; los labios absurdamente abiertos dejaban ver los dientes prominentes y el negro pozo de la boca. Más arriba, los globos oculares, como el cristal esmerilado... ¡Un cadáver!

Jun'ichi se horrorizó ante la macabra yuxtaposición de las visiones anteriores y del cuerpo que acababa de aparecer dentro del círculo de luz. Perturbado por el grave crimen que había cometido e incapaz de comprender dónde se hallaba, el joven se preguntó con angustia si había perdido la razón o si era víctima, quizá, de una pesadilla.

Y la escena que reflejó a continuación la luz de la linterna le hizo soltar un alarido de terror, olvidando las advertencias de la dama vestida de negro.

Si aquello no era una visión del infierno, ¿qué era entonces? Allí había una piscina del tamaño de unos seis tatamis, y en su interior se amontonaban dos o tres capas de cadáveres de hombres y mujeres de todas las edades, desnudos, flotando los unos sobre los otros.

Muertos estrechamente apiñados en un lago de sangre: una escena idéntica a las pinturas del infierno. ¿Era posible que aquella visión perteneciera al mundo real?

—Jun-chan, ¡no seas gallina! Aquí no hay nada de que asustarse. Estamos en el depósito de cadáveres para las prácticas de disección de Anatomía. Todas las facultades de Medicina tienen sitios como éste.

La dama de negro reía, osada.

—¡Ah, claro! Ya me parecía a mí que estábamos en el recinto de la universidad. Sí, pero... ¿qué hacemos en un lugar tan siniestro? —Ni siquiera un joven matón como él podía evitar sentirse inquieto ante el extravagante comportamiento de su bella acompañante.

El círculo luminoso de la linterna fue deslizándose por encima de la montaña de cadáveres hasta detenerse en el de un joven desnudo, muerto hacía poco, que yacía en la capa superior.

Sumido en las tinieblas, el joven permanecía inmóvil, mostrando su piel amarillenta como si fuera el retrato de un espectro.

—¡Éste es el que buscamos!

La dama vestida de negro susurró aquellas palabras sin apartar el foco del cadáver del joven.

—Este hombre era un paciente pobre del hospital psiquiátrico K., y murió justo ayer. Entre el hospital psiquiátrico K. y esta universidad hay un acuerdo según el cual, cuando muere alguien, traen el cuerpo inmediatamente aquí. El encargado de este depósito de cadáveres es amigo mío... Bueno, digamos que es un subordinado mío. Por eso sabía yo que tenían el cuerpo de un hombre joven... ¿Y qué? ¿Qué te parece el cadáver?

—¿Que... qué me parece?

Jun'ichi estaba desconcertado. ¿Qué diablos tramaba esa mujer?

—¿Te has fijado? Tanto la estatura como la compleción son muy parecidas a las tuyas. Lo único distinto es el rostro.

El joven Jun'ichi se dio cuenta de que la dama tenía razón, incluso la edad y el tamaño del cuerpo parecían idénticos a los suyos.

«¡Ah, claro, ése va a sustituirme a mí! Pero a esta mujer... ¿cómo pueden ocurrírsele cosas tan espantosas y atrevidas, siendo tan hermosa y distinguida como es?»

—¿Qué? Ahora lo entiendes, ¿verdad? ¿Qué te parece? Genial, ¿no? Como si fuera magia. Porque, para hacer desaparecer a un hombre de este mundo, vamos a necesitar hacer magia, ¿no es así? ¡Vamos, trae el saco! Da un poco de asco, ya lo sé, pero tenemos que meter a ése dentro del saco y llevárnoslo al coche.

A Jun'ichi, en aquel momento, le producía más espanto su salvadora vestida de negro que los propios cadáveres. ¿Quién diablos era aquella mujer? ¿No estaba planeado todo demasiado a conciencia como para tratarse de un simple pasatiempo macabro de una dama rica y ociosa? Ella se había referido al encargado del depósito de cadáveres como a su subordinado. ¿Y quién podía tener subordinados en un lugar como aquél, sino el mismísimo demonio?

—Jun-chan, ¿qué haces ahí pasmado? ¡Vamos! Date prisa. ¡El saco!

La voz de la mujer fantasma lo reprendió con dureza desde lo más profundo de las tinieblas. El joven Jun'ichi se acobardó y, con el corazón paralizado, igual que un ratón frente a un gato, sólo fue capaz de hacer lo que le ordenaba aquella enigmática dama.